

darle apenas tiempo para descansar del polvo y la fatiga del camino. Acudió muy presto el Padre General á la cita, y al verle entrar por las antecámaras de su cámara el Monarca, que se nos pinta aún hoy como hombre insensible, corazón pequeño y sentimientos poco humanos, se fué corriendo al Santo bendito, y con vehemencia amorosísima le echó los brazos al cuello, estrechándole largo rato contra el pecho, deseando, sin duda, como apunta el M. Cienfuegos, imprimir en su alma noble y generosa la tan pura, ejemplar y sobrehumana de San Francisco. Y allí no fué sólo recibimiento de impresiones y ceremonias cortesananas, sino que habló la lengua de D. Felipe significando al Santo que le había tendido los brazos con mucho amor, agradecido aún de tantas veces como él le había tendido los suyos, acariciándole y teniéndole en las rodillas durante los años de la niñez ¹. Y le añadió más; conviene á saber: que con toda verdad podía afirmarle haber experimentado en su corazón desde que le vió extramuros de la Villa, sentimientos extraordinarios que la lengua no acertaba á explicar, y que solamente el alma comprendía. En todo lo cual no resaltan poco, en verdad, los sentimientos delicados y la piedad muy levantada de D. Felipe ². No paró en esto la plática del Rey; sino que

¹ «Dijole con sensible ternura que le avía estrechado tan amorosamente en sus brazos en reconocimiento de que él lo avía acariciado en los suyos aquellos primeros años.» Cienfuegos: cap. y párrafo citados. Ya recordará el curioso lector que el célebre Duque de Gandía sirvió en el real palacio de Carlos V, desde la juventud. «Siendo ya de 18 años le envió su padre á la Corte del Emperador Carlos V, con buena casa y acompañamiento de criados. En la Corte procuró de juntar en uno las leyes de cristiano y de caballero.....oía misa y tenía sus ratos de oración cada día...Casáronle el Emper. y la Emperat. con una señora portuguesa que se llamaba doña Leonor de Castro, Dama y muy favorecida de la misma Emperatriz.... Dióle entónces el Emperador título de Marqués de Lombai é hízole caballero mayor de la Emperatriz.» Rivaden. obra cit. pág. 216 y 217. A estos tiempos se refería el Rey Prudente cuando estrechaba después entre sus brazos al santo padre jesuita en 30 de Setiembre de 1571, como apunta Herrera con otros historiadores.

² Le dijo: «Que le aseguraba aver sentido en el corazón con su presencia una desacostumbrada ternura, que sola el alma la entendía mientras su explicación la ignoraba.» Cienfuegos: ibid.

añadió tener muchas dudas y consultas que confiar á su discreción y prudencia, y que no le parecía oportuno aquel momento; pues había de tratar con él asuntos graves tocantes al buen régimen y tranquilidad de su conciencia unos, y al gobierno de sus estados otros ¹.

III.

EL SANTO CON EL REY EN MADRID.

Habida la susodicha entrevista, por demás afectuosa con D. Felipe, pasó el santo General y P. Borja á visitar á la Reina Doña Ana de Austria que le recibió con suma distinción y deferencia; y tal efecto produjeron en su alma las huellas de virtud y penitencia que ofrecía el rostro del bendito religioso, que Su Majestad quiso, como por impulso natural, inclinar la rodilla ante su presencia ². Acabado este primer deber de cortesía, retiróse el Santo á su colegio, y apenas había entrado en la celda que le tenían dispuesta, cuando llegó nuevo enviado del Rey Católico que le traía de su parte un magnífico regalo. No hay para que insinuar aquí siquiera cómo el interés y la ambición andaban por las calles de la corte buscando el favor del P. General Borja. Pero no fácilmente le encontraban; porque pasaba mucha parte de los días y de la noche retirado en contemplación altísima en el interior del oratorio de su hijo D. Fernando y en otros lugares santos y devotos. Los asuntos que más preocupaban la mente de San Francisco eran la gloria de Dios y la salvación de las almas. Y así, quienes intentaron la presencia de San Francisco en reuniones y tertulias más ó

¹ «Y añadió que tenía muchas cosas que fiar á su prudencia así propias del gobierno de su alma como el de su monarquía.» Cienfuegos: ibid.

² «Pasó después el P. Borja á besar la mano á la Reina que le trató como á Santo, hallando la Majestad que resistir en el impulso de inclinar la rodilla al suelo.» Item, ibid.

menos cortesanas, no lograron tal, ni tampoco el objeto secundario de intereses, tras de los cuales iban. El Santo bendito no conocía ya, ni quería ver las mesas y comidas en las casas poderosas que antiguamente había frecuentado. Ahora no tenía corazón, ni tiempo, sinó para Dios y el perfeccionamiento de su vida espiritual.

Así le vió la Corte entonces correr en alas de su celo y amor divino por platicar santamente y predicar en las casas de religión. En especial visitaba de buena gana y á menudo la Comunidad de Religiosas descalzas que acababa de establecer en la Corte, levantando previamente monasterio verdaderamente regio la Princesa Doña Juana, mujer virtuosísima y ejemplar de religiosas profesas de la Orden del Serafín de Asís; porque tenía allí á la sazón el santo Borja una hermana suya profesas que la historia de la Orden da á conocer con el nombre de la Venerable Sor Juana de la Cruz, abadesa de aquel monasterio, mujer asimismo de raras virtudes¹. Pues bien; á mirarse en aquellos espejos de santidad y penitencia, la real fundadora y la venerable abadesa, acudía San Francisco siempre que le parecía sazón y conveniencia. Allí predicaba con sumo provecho á la comunidad la observancia de la regla, las vanidades

¹ Es cierto que San Francisco tuvo particular afecto á las casas y comunidades de Religiosas descalzas, no sólo por su mucha observancia y santidad de vida, sinó por haber sido una hermana suya, más la menor y tercera de sus hijas, monjas de las descalzas de San Francisco de Asís. Lo cual apunta Rivadeneira así: «El Santo Padre Ignacio, que ya tenía premisas del Cielo de lo que había de ser, y algunos años antes sabía, y había dicho que el Duque había de ser su hijo y general de la Compañía, se holgó mucho con las cartas del Duque, por ver que se iba cumpliendo lo que el Señor le había revelado. Y así le aceptó desde luego en la Compañía y le dió la orden de todo lo que había de hacer, y particularmente que casase á sus dos hijas, que la tercera y menor eran monjas descalzas.» Rivaden. pág. 221. Y más adelante: «Vinieron de Gandía para esta obra tan insigne dos tías del P. Francisco, la M.^e Soror Francisca de Jesús, hermana del Duque D. Juan su padre, y Soror María de Jesús, hermana del marqués de Denia, y dos hermanas también suyas, Soror María de la Cruz y Soror Juana Bautista con otras religiosas escogidas; y después vino la M.^e Soror Juana de la Cruz hermana del P. Francisco, que fué Abadesa muchos años.» Ibid.; pág. 226.

del siglo y la dicha que el mundo ignora, de ser esposa de Jesucristo. Ni se crea que la fundadora Doña Juana, hermana del Rey Prudente, veía entonces por vez primera, convertido en religioso humilde de la Compañía de Jesús, al cuarto Duque de Gandía. Porque la misma Princesa solía decir que á San Francisco el de Borja era deudora de haber tomado aquella resolución edificante de abandonar al mundo con sus pompas y vanidades y haber recibido la gracia inestimable de la vocación religiosa, despreciando las coronas y los potentados del siglo¹. Y así es la verdad; pues la Princesa anduvo dirigida bastante tiempo por el P. Francisco, primero en Lisboa, y más tarde en Valladolid cuando en ausencia de su hermano D. Felipe era gobernadora de estos reinos². Más de esto se tratará aún en el párrafo siguiente³.

Asistía con mucha frecuencia á la real cámara de Felipe II, que á cada punto le llamaba. Mas ahora subía la escalera del regio alcázar con cierto miedo y más cuidado que en los tiempos pasados, cuando acudía con uniforme de poderoso y noble

¹ No fué quien menos se alegró de la venida del Santo á Madrid la Princesa, en verdad admirable, Doña Juana de quien ahora indicaré sus relaciones de conciencia, de consejo y de gobierno con el P. General Borja, «á cuya santidad confessaba dever en espíritu el inestimable tesoro del desengaño, y aver hollado sus profanidades al mundo en la edad del peligro.» Cienfuegos; *ibid.* El libro que voy citando del Padre Cienfuegos, aunque de mucho interés y lleno de noticias muy curiosas, pero está escrito en mal castellano y peor ortografía, merced á los tiempos en que lo compuso.

² *Vida de S. P. y gran siervo de Dios el V. Francisco de Borja*.... por el P. Juan Eusebio Nieremberg: lib. II, cap. XXIV, pág. 151. Madrid, 1644.

³ De la princesa Doña Juana dejó escrito Gil González Dávila haber sido «Princesa de Portugal felicísima, piadosa y religiosa señora, hija del Emperador D. Carlos y de la Emperatriz Doña Isabel. Nació en Madrid á 23 de Junio, víspera de San Juan Baptista del año 1535» y murió en el Escorial, como luego se verá. Añade también á este propósito el autor citado las palabras siguientes: «Del bienaventurado Padre Fray Nicolas Factor del Orden de San Francisco y confesor deste Convento Real (de las Descalzas) se escribe que diciendo misa por la Princesa difunta, vió que gozava de Dios en su bienaventuranza.» *Teatro de las Grandezas de Madrid*, pág. 38.

á prestar el servicio que le tocaba ¹. Porque se debe recordar aún que D. Felipe II descargó entonces en muy gran parte sobre los hombros del santo religioso el peso abrumador del gobierno de sus estados. Consultábale con éxito satisfactorio sobre los negocios más arduos de aquella su vasta monarquía, la mayor del mundo en aquellos tiempos; y sobre todo, le preguntaba muy despacio por el mejor y más breve camino de conservar limpia la conciencia, andar en justicia y obtener como fruto de todo ello la perseverancia final. Dichosa edad aquella en que los reyes y poderosos del mundo se inspiraban buscando acierto para gobernar en la ciencia de los santos, harto desconocida hoy de príncipes y gobiernos. ¡Qué raudales de sabiduría y sed de justicia no adquirió entonces el Rey Prudente en sus coloquios y desahogos con el humildísimo Padre de la Compañía de Jesús! Por otra parte, empleaba el Santo bien provechosamente el tiempo, conferenciando en las dependencias correspondientes sobre el objeto de su venida y embajada. Allí, dando pruebas de suma prudencia y mucho tacto en allanar caminos y vencer dificultades para conseguir los fines siempre levantados de la Santa Sede, mostró méritos sobrados para que el mismo Rey D. Felipe expidiese particular decreto mandando que al general de la Compañía se le tributasen los mismos honores que al legado del Papa; cosa que no martirizó poco á la mucha humildad de su ánimo ².

¹ «Asistia continuamente á palacio, cujas losas pisaba aora con miedo en el recuerdo de averlas pisado tantas veces en traje de cortesano.» Cienfuegos, *ibid.* «Aunque el santo Duque trató de apartarse de la Corte luego que volvió de Granada, no pudo haber licencia del Emperador, antes se vió más atado con nuevos cargos que Carlos V le echó sobre los hombros. Luego que tornó á la Corte y dió cuenta al Emperador de su jornada, le suplicó que le diese grata licencia para ir á Gandía á ver á su padre, mas no pudo alcanzarla; antes le mandó que le sirviese en el cargo de Virrey y Capitán General de Cataluña; y por mucho que se quiso escusar, alegando su poca edad, aun no era de 30 años, poca esperiencia y pocas fuerzas para carga tan pesada, nunca pudo acabar con el Emperador que aceptase la escusa, por la afición y estima grande que tenía de su persona.» Rivaden. *Ibid.*, pág. 218.

² Corría asimismo á las dependencias de su embajada «asistiendo como noble instrumento de ella y como ministro del Papa aviendo ex-

Si ha de merecer asenso el P. Cienfuegos, por aquellos días precisamente en que tanto trabajaba el santo General en la Corte de España, llegó á ella la noticia felicísima, extraordinaria, avisando que aquel invicto y grande capitán D. Juan de Austria, hermano de nuestro Monarca, había obtenido victoria naval y completa, derrotando de todo punto el poder de la Media luna en el golfo de Lepanto ¹. No hay para qué repetir

pedido su decreto el Señor Felipe II para que se le tratase con el mismo obsequio que al legado.» Cienfuegos; cap. y párrafo citados. Los historiadores del Santo dan á cada paso testimonio de su rara humildad, diciendo que en Sevilla «se albergó en una casilla pobre y caediza y llena de muchas goteras que caían aun en el mismo aposento del Padre y le mojaban su pobre cama, y la cabeza algunas veces, con grande alegría y gusto del mismo Padre, porque era á la medida de su deseo. Allí pasaron (el santo religioso y otros padres Jesuitas) mucha necesidad y pobreza, aunque el Señor no les faltaba.» Rivadeneira, pág. 227.

¹ Apenas cabe sólo recordar aquí que Felipe II fué quien tuvo la idea feliz y acertada de nombrar á su hermano D. Juan de Austria, Generalísimo de las tropas y armas coaligadas contra los turcos, concluyéndolo así con entrambos legados Padre Francisco Borja y Cardenal Alejandrino; que aquel Príncipe de tan heróico valor, como piedad, aportó á Génova con 47 galeras en que llevaba los tercios invencibles de Figueroa y Moncada: que reunió en Mesina las armadas de la coalición: que las dividió en tres escuadras de combate y otras dos de reserva y descubierta, y cómo en 7 de Octubre de 1571, logró y obtuvo la victoria más gloriosa de las armas cristianas contra las mahometanas, que cuentan los anales de la historia en los pasados siglos.

Es ignorancia loca y enemiga de la historia pintar á Felipe II receloso y aun perseguidor del famoso Príncipe su hermano. En los *Documentos escogidos del Archivo de la Casa de Austria*, hay una serie de cartas preciosas de D. Felipe al Duque de Alba, que muestran muy claro el interés y el amor que el Rey Prudente profesaba á D. Juan. Hé aquí cómo se explica en una de ellas: «El Rey. Duque Primo: yo he dicho á D. Juan mi hermano, de la manera que está su madre en Gante, y no se satisface, porque le parece que es con más libertad de lo que conviene, y así está muy puesto en que se traiga á estos reinos, para la poner donde esté con el recogimiento y tratamiento que se requiere, y para este efecto se ha resuelto con mi comunicación y aprobación en enviar un caballero criado suyo, que venga con ella, el qual irá brevemente remitido á vos con carta mía y suya, para que lo ordeneis y dispongais en la forma que os pareciere se podrá mejor. Esta deliberación se ha de tener muy secreta hasta su tiempo; más entretanto, ha

aquí el júbilo y el entusiasmo patrio que con tal nueva embargó á los habitantes de Madrid y al corazón de todo buen español. Ni tampoco que la coronada Villa se vió al punto engalanada de mil colgaduras preciosas y variadas, alumbrada durante algunas noches por luminarias que, según la frase del historiador que se va citando, ardían al mismo tiempo en las ventanas de los palacios y en los corazones de quienes los habitaban. Y como era tanta y tan grande la veneración en que tenían las gentes al humilde jesuita el P. Borja, comenzaron á divulgar públicamente que su santidad y virtudes habían merecido para la patria la victoria de las armas cristianas y la destrucción casi total de la fuerza marítima de Turquía. Hé aquí las palabras mismas con que refiere este suceso el M. Cienfuegos. Advierte que, cuando más honrado de D. Felipe el Prudente, y aclamado de la corte se hallaba el Santo, «llegó el aviso de aquella naval victoria que consiguió el invicto Don Juan de Austria mudando al golfo de Lepanto en sangre sus olas, y en ceniza sus espumas. Coronóse Madrid de luminarias y de glorias, que ardían igualmente en los corazones que desde las ventanas. Y el vulgo clamaba que con el arribo del divino Borja avia aportado la dicha á la corte de España» ¹.

parecido que será bien darle un tiento para ver como lo toma... (y se la diga que teniendo aquí un hijo de tal qualidad, se devria venir á donde él está; pues es cosa clara que la honraria y haría las gracias y buen tratamiento que de un tal hijo se deve esperar...) Documentos, pág. 295.

¹ Ibid. párrafo III. La batalla, ó mejor, el combate naval de Lepanto fué reñidísimo y costó mucha más sangre que tiempo. Sólo duró medio día. «Viendo ya D. Juan vencidos los turcos y por la mayor parte aferradas y rendidas sus galeras..... no pasó adelante. Eprevióse por popa una galera y le había roto el estanterol, y la imperial de Sicilia la echó á fondo. Los demás vencedores remolcando los trofeos, remataban las porfiadas batallas en que estaban otros. Los turcos, aunque de todas bandas heridos, con mala ventura alargaron la batalla hasta el fin del día, siempre furiosa y terrible por la esperanza de una parte y la desesperación de otra. Metíanse en las galeras á recibir la muerte antes que rendir las vidas ciegos del furor, locos de rabia, vista miserable y espantosa..... Todas las naciones pelearon como leones..... Libertáronse 15.000 cristianos..... ganáronse 175 galeras; fueron 30 al

Entre los puntos difíciles que entonces se trataron en las oficinas de aquella extraordinaria embajada, se puso delante el que los peritos intitulan «recurso de fuerza.» Es harto sabido de cuantos conocen la historia de aquellos tiempos, cómo se discutía entonces entre canonistas y jurisconsultos sobre la materia. Inclínábanse éstos por una parte, aquéllos por otra. Los ministros de los tribunales eclesiásticos alegaban los justos derechos de la inmunidad; y los jueces seculares se apoyaban en la defensa que llamaban natural, ahora de prácticas antiguas, ahora de privilegios ó concesiones á lo menos tácitas de la autoridad suprema de la Iglesia. No faltaban letrados de uno y otro bando que intentaban poner término á tan difícil como enojoso negocio sacándolo á pública discusión. Mas D. Francisco de Borja el Santo se presentó al Rey Católico, y confiando en su mucha fe y piedad le dijo que las disputas públicas son generalmente causa de que los ánimos se enciendan y enconen más y más; y que para evitar todo linaje de escándalos y que personas altísimas queden humilladas y abatidas, sería mejor camino de llegar á término más fácil y seguro, que se congregasen los ministros principales y supremos del Rey y del Papa á fin de inquirir y procurar concordia. Sólo así parece que se obtendrá la paz deseada, sin necesidad de introducir la guerra ¹. Aceptó al instante D. Felipe la proposi-

fondo; 99 dieron en tierra y las quemaron, y en la repartición hubo 130..... Este fué el fin del día 7 de Octubre, siempre memorable á los siglos presentes y venideros.....» Cabrera: lib. IX, cap. 25.

¹ «Señor, las contiendas públicas, decía San Francisco al Rey, han de ser causa de más enconos, y las porfias de los sabios interpuestas entre el sol, que es la iglesia, y la luna, el estado, que son Vuestra Majestad y el Papa, han de eclipsar á alguno de los luminaires, no sin escándalo de la naturaleza. ¿Cuánto más fácil y suave temperamento se puede esperar de una amigable y sosegada junta donde los ministros supremos de ambos Príncipes discurran los medios de una estable concordia, introduciendo la paz sin valerse de la guerra?» Estas palabras pone Cienfuegos en boca del santo General hablando á Felipe II, aunque el estilo señala muy bien que sólo encierran la sustancia ó el pensamiento. Párrafo III, pág. 430. Este punto tratado entonces en la Corte de España, tenía por causa la porfiada lucha entre las autoridades eclesiástica y secular del Milanésado; la cual, aunque Muñoz en la

ción del Santo; y para que le representasen y defendiesen en la contienda, nombró al Príncipe de Eboli y al Cardenal Espinosa, mostrando en ello ningún amor al regalismo cesarista, y sí muy grande á la justicia y á la Iglesia. Por parte de la Santa Sede fué designado el mismo San Francisco al efecto, quedándose por entonces apagado, aunque no extinguido, el fuego de la contienda. Del regalismo de aquellos tiempos y los nuestros se tratará después ¹.

IV.

DESPÍDESE DE DON FELIPE EL SANTO DUQUE.

La embajada extraordinaria de S. Pío V, arreglados los asuntos con la Corte de España, debió ponerse en marcha camino de Lisboa, como así lo hizo: mas antes de emprender la jornada, tuvo lugar la despedida entre el santo Jesuita y el Rey Prudente. El cual Monarca de tal modo se enterneció en el acto de la separación, que corrieron de sus ojos lágrimas abundantes, aunque parezca increíble á sus detractores. Y nótese mucho que sólo esto constituye una de las mil pruebas patentes á la gente estudiosa, de cómo poseía tan religioso Príncipe corazón humano, sensible, blando, muy delicado ². No dejó

Vida de Cervantes, enseñe otra cosa, según antes vimos, terminó muy á gusto de la prudencia, de la justicia y, por tanto, de la Iglesia, como en capítulos anteriores queda probado.

¹ «Abrazó el Rey Católico este partido por más discreto y menos ruidoso y señaló por la regalía al Príncipe de Eboli y al *Cardenal Espinosa*. Por el bando de la iglesia destinó el Cardenal legado solamente al P. Borja.» Cienfuegos, *ibid.*; pág. item.

² Véanse los historiadores de este Rey y contémplesese al lado del lecho de sus hijos y esposas agonizantes y difuntos, así como la correspondencia con sus hijas Doña Clara Eugenia y Doña Catalina, desde Lisboa, que ha publicado Gachard. Recibió nuestro Monarca D. Felipe golpes terribles, heridas profundas que le llegaron muy al vivo de su alma. En 3 de Octubre de 1568, vió espirar en la edad temprana de 23 años á su esposa la Reina Doña Isabel de Valois, ó de la Paz, que el Rey lloró amargamente. «Sintió su muerte Felipe, igualando el dolor

partir al humilde General sin encargarle el arreglo de varios asuntos difíciles que reclamaban hartó su grande prudencia en Lisboa. Del regio alcázar volvió á su colegio, dejando al Rey sumido en verdadera tristeza que le causaba la despedida, cosa que notaron muchos en su rostro ¹. Llamó á la celda el Santo al Marqués de Dénia, su yerno y gentil hombre de cámara, y le entregó para D. Felipe una cruz formada del mismo leño sacratísimo en que Jesucristo Dios y Hombre verdadero murió por nosotros. Con la reliquia preciosa le dió para Su Majestad una carta breve, pero admirable, que seguramente agradecerá

con el amor que la tenía,» como dejó escrito González Dávila, pág. 144 de sus *Grandezas de Madrid*. A 9 de Julio de 1574, dejó la tierra y á su padre en tristeza y llanto el Infante D. Carlos Laurencio. Falleció después, año 1578, en Madrid, 21 de Septiembre el Archiduque Wenceslao, hijo de la Emperatriz María y Maximiliano de Austria, sobrino de D. Felipe. Y en el mismo año, un mes después, 18 de Octubre, voló al Cielo el Príncipe D. Fernando, «dejando lastimado el corazón de su padre y destos reinos,» según testimonio del mismo Gil Dávila. Pues á 21 de Noviembre de 1583 acabó la vida de acá el Príncipe D. Diego. Y sin terminar este año terminó asimismo la carrera mortal la Infanta Doña María. En todos estos y otros casos, verdaderas pruebas para un padre, mostró el Rey Católico fortaleza, resignación cristiana y extraordinaria amargura.

¹ «Despidióse Borja enternecido de su dueño el Rey Católico, que no se vastó á sí mismo para reprimir el llanto y le encargó tratase con el rey de Portugal varias dependencias que pedían toda su reflexión.» *Vida... Item*; pág. 430. Llenas están las crónicas de nuestro siglo de oro con testimonios del buen corazón el Rey Prudente. «Luego á 8 del mes de Diciembre (1573) se turbó toda esta alegría con la muerte de la Princesa Doña Juana digna hermana de D. Felipe II, dignísima hija de Carlos V, y de tanto valor en su manera, como entrambos, que es cuanto puede encarecerse: murió en el aposento Real deste Monasterio; cubriónos á todos de tristeza y más á su hermano porque la amaba tanto, que no llegó su valor y entereza á poder disimular su sentimiento; no hizo menor efecto en la Reina, porque la tenía como á una madre, y llegó á tanto que la triste nueva le causó un accidente de calentura tan rezio que resultó dél una quartana. Llevaronla desde aquí con un solemnísimó acompañamiento á su monasterio de Descalzas, fundación suya tan ilustre, que es conocida y famosa en toda Europa: allí la enterraron con toda la magestad posible, aunque toda menor de lo que fué de su valor y mérito.» Sigüenza; lib. III. *Historia de la Orden de San Jerónimo*; pág. 566: Madrid, 1605.